

1970

Petersi T. S. P. 7 Febrero

Gabriel Pérez Cortez

recibible esta Carta
ver que Elia esta en
en San Luis Mis y o
ca Por ello el día
este mes ~~ya~~ le Digo
a Man atento que
ya Dicho y a Elia
que un Comitado
studer ni ya sabia
Dela mes a una que
sepan ~~Por~~ Perdonarles
esto en la Mallor
Casarse con Elia

Leche de silencio

VOCES / ENSAYO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Socorro Venegas, *Leche de silencio*
Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 978-84-8393-384-8
Depósito legal: M-2549-2026
IBIC: DNF

© Socorro Venegas, 2026
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© De la tipografía del glifo: Leonardo Vázquez, 2026

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2026

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás
Impreso en España - Printed in Spain

Socorro Venegas

Leche de silencio



ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA	9
	I
Di la verdad	17
	II
Una vida en otra	61
	III
El lenguaje es amparo materno	109
	IV
Xocoxóchitl	143
AGRADECIMIENTOS	173
MÁS AGRADECIMIENTOS	175

NOTA DE LA AUTORA

Cuando mi editor me pidió definir este libro me preguntó: «¿Memorias?, ¿autobiografía?, ¿ensayo?, ¿ficción?». Yo pienso en este libro como un híbrido. Durante algún tiempo lo llamé el *híbrido*, pero mestizo es una palabra que lo define mejor; porque *Leche de silencio* puede tratarse de memorias poéticas, de un ensayo imperfecto, inestable, de una autobiografía imaginaria, una novela sin ficción, incluso de una correspondencia, entendida como un intercambio emocional muy intenso. Soy una escritora mestiza, como todos lo somos al apropiarnos de distintas voces y corrientes. Esta última palabra me gusta porque la asocio con afluentes, eso soy: un río de voces, de sangre y memorias que me dan identidad. Aquí, y más adelante volveré a hacerlo, me pregunto si es necesario clasificar una escritura que quiere ser un gesto: el de poner una flor, por última vez, en el pecho de un amado.

Una parte de mí hubiera preferido que se publicara en una colección simplemente llamada Literatura, porque me gusta pensar que el mundo indígena no solo es materia prima para el ensayo antropológico, los estudios de lingüística, los sitios de la taxonomía. Y me gustaría que la existencia de los pueblos

LECHE DE SILENCIO

originarios tenga más valor en la imaginación, que ocupe más espacios en la literatura actual. Estas páginas son mi contranarrativa.

No una parte, sino todo en mí agradece que Páginas de Espuma sea la casa donde se comprenda y abrace mi libro.

Y hablando de gratitud: el niño que sonrío en la fotografía es mi hermano Ricardo y es un maravilloso poeta. Aunque sobrevivió conmigo muchas de estas historias, no escribo acerca de él. Tal vez un día quiera contarlo a su manera. Respeto y espero su voz.

SOCORRO VENEGAS

*Mi madre al fondo del
camino; me apresuro,
verla, contemplar su vida.*

Saito MOKICHI

*... Y entonces, coléricos, nos desposeyeron, nos arre-
bataron lo que habíamos atesorado: la palabra,
que es el arca de la memoria.*

Rosario CASTELLANOS

*Hago la prueba del dolor. Lo mismo que un mé-
dico, para saber si está muerto, pincha un músculo,
así pincho yo mi memoria. Quizá muera el do-
lor antes de que muramos nosotros. Eso, si fuera
así, habría que difundirlo, pero ¿a quién? Aquí
no habla mi idioma nadie que no vaya a morir
conmigo. Hago la prueba del dolor y pienso en las
despedidas, cada una fue distinta.*

Christa WOLF

A Marcelo, una memoria de sus madres

*A mi madre, mi tía Sara y mis abuelas,
que nunca más sean confinadas al silencio*



EN LA COSMOVISIÓN NAHUA ESTE ES EL GLIFO DEL VIENTO,
UNA VOLUTA QUE REPRESENTA AIRE, ALIENTO, SOPLO. VOZ.

I
DI LA VERDAD

–Me fui porque tenía hambre.

Responde con voz queda y espaciando las palabras.

Me llevo a los labios el vaso de agua, un puro reflejo. No hay entrada en mi cuerpo para algo que no sea su voz.

Acabo de preguntarle por qué se fue de su pueblo siendo tan niña.

Por qué estaba tan segura de que lo mejor que podía hacer era irse.

Por qué no aguantó hasta crecer.

Por qué su mamá no la retuvo.

Yo qué sé del hambre.

–¿Y no sentiste miedo? –Su mirada es la de quien sabe que diga lo que diga no será comprendida.

Insisto:

–Me cuesta imaginarme a esa edad abandonando la casa. Ni te imagino dejándome ir.

–Tenía harta hambre. Mis hermanitos andaban todo el día detrás de mí, y yo sin nada para darles... –Responde con una mano extendida en la que empieza la cuenta de sus hermanos, uno, dos, tres... no termina de contar.

Cómo será el cansancio, el desconsuelo de no poder saciar a los que quiero.

Qué tamaño de hambre saca a una niña de su familia, su casa, su pueblo.

Sus pupilas de obsidiana me devuelven mi rostro, me dejan sin aliento para la otra pregunta, que no haré.

Debe de haber otra razón y quisiera encontrarla en sus ojos.

Acumulo una nueva culpa, pero no es por mi ignorancia de esa atroz precariedad. Es porque siento que hay algo que no me dice.

Elia, digo para mí el nombre de mi madre, ¿qué te amenazaba?



Erri De Luca escribe: «En el nombre del padre: inaugura la señal de la cruz. En el nombre de la madre se inaugura la vida».

Es el verano de 2022 y llevo ya algún tiempo acumulando lecturas. Busco textos sobre lengua, migraciones, destierros, memoria. Desde mi primer libro de cuentos persigo este viaje ancestral. Busco la vida de Elia. Otras historias me atraviesan y las escribo: el alcoholismo de mi padre, la enfermedad de mi hermano pequeño, infancias rotas, duelos inacabables. Pero también leo y fraguo preguntas sin enunciarlas, me dedico a vuelos de reconocimiento. Ahí todavía no puede haber escritura, solo la observación de mi pena, como escribió C. S. Lewis acerca de la muerte de su mujer, un testimonio que también es el de un amor observado.

Me acompañan otros libros y no sabía, hasta que empecé a escribir estas páginas, que mis muertos vendrían a ejercer su derecho a hablar, en la lengua franca que convoca a los vivos. Incluso ellos tienen un derecho a decir, a ser reconocidos en sus islas remotas. Me vuelvo un umbral para esas voces y las de mis ancestras, incomprensibles e íntimas.

Entre las voces, la de Elia es cardinal. Encarna lo que soy y lo que han sido las mujeres que me anteceden.



Es verano y cantan atronadoras las cigarras. He abierto todas las ventanas de la casa y entra el aire de la montaña. Se dice que ese canto atrae la lluvia, y pronto comienzan los pájaros a volver a sus nidos. No puedo pensar en términos de propietaria: estos árboles donde anidan aves rojas, de belleza incalculable, no pueden ser míos. O los bambúes que planté insignificantes y ahora prosperan en una sombra imponente que magnifica la voz del viento. Nada es mío. Comenzamos la construcción de esta casa hace diez años, vi cada bloque de adobe nacer de esta misma tierra, la obra fue avanzando si había dinero, se detuvo cuando hizo falta. Nos robaron algunas vigas de madera y fue costoso instalar celdas solares, pero al final logramos que la casa hiciera poco estropicio en esta montaña: recuperamos agua de lluvia en una cisterna, casi todo el año sobrevivo con esos litros venidos del cielo, ahorro electricidad, el baño es seco: aquí no se ensucia el agua. Heredo y honro el pensamiento de un sacerdote católico vienés que compró estas tierras en Ocotepc, pueblo aledaño a Cuernavaca, y soñaba con comunidades autolimitadas tecnológicamente. No conocí a Iván Illich, pero junto con otras personas le compré a su heredera, la monja que fue su compañera de vida en los últimos años, Valentina, un pedacito de tierra en este pueblo, y leí sus obras y me comprometí a vivir de cierta forma que él imaginó, pero ya no alcanzó a ver. Le damos un nombre a este conjunto de casas sin murallas, donde estar a la vista de los vecinos es precisamente lo que nos protege: Ecotepec.

Los fines de semana llevo manejando desde la Ciudad de México; vivo y trabajo allá. En ocasiones, apenas entrando a Cuernavaca, voy por Elia a su casa y venimos a la mía, o quedamos en un café.

Se sienta en la mesa del comedor. Preparo té de jazmín, pero antes de servirlo tengo que abrir camino, apilo los libros llenos de papelitos de colores que separan páginas, mezclados